

APERTURA

TREINTA AÑOS DE RETROSPECTIVA
ETNOGRÁFICA SOBRE LA VIOLENCIA
EN LAS AMÉRICAS

PHILIPPE BOURGOIS
Universidad de Pensilvania

In: Guatemala: Violencias Desbordadas. Julián López
García, Santiago Bastos, and Manuela Camus, eds. Cordoba,
Spain: Universidad de Cordoba, Servicio de Publicaciones.
2009.

Al igual que los demás investigadores de este libro, yo no busqué voluntariamente el tema de la violencia. Se impuso debido a su papel central en la organización de la vida cotidiana y en las políticas de desarrollo en las Américas, especialmente en Guatemala. Como antropólogo que escribe desde 1979 acerca de la violencia, primero en Centroamérica y después en Estados Unidos, ha llegado a preocuparme el riesgo de estar contribuyendo inadvertidamente a un *voyeurismo* o una pornografía de la brutalidad. Sin embargo, existe un problema mucho mayor para los etnógrafos y los científicos sociales: el de no reconocer la violencia que fluye a nuestro alrededor y que generalmente abruma a las personas que estudiamos. La violencia castiga desproporcionadamente a los sectores estructuralmente vulnerables de la sociedad y frecuentemente no es reconocida como violencia ni por las víctimas ni por los verdugos, que a menudo son uno y lo mismo. La omnipresencia de la violencia y las formas perniciosas en las que ésta se transforma y se vuelve invisible o es malinterpretada tanto por protagonistas como por víctimas precisa una aclaración teórica que tiene ramificaciones políticas.

1. LOS CONCEPTOS DE BASE

Este re-análisis retrospectivo de la problemática visibilidad de la violencia en mis terrenos de trabajo de campo durante las últimas tres décadas, lo construyo sobre una interpretación de la violencia como algo que opera a lo largo de un continuo que Nancy Scheper-Hughes y yo, a principios de la década del 2000, propusimos inicialmente como una categorización teórica preliminar (véase Bourgois 2001; véase Scheper-Hughes y Bourgois 2004). Las taxonomías conceptuales con frecuencia opacan tanto como aclaran. Por ello, para más precisión teórica, me voy a enfocar en tres procesos de violencia que son invisibles: la estructural, la simbólica y la normalizada. El continuo en el que se encuentran está impregnado de poder y eso hace que se permean jerárquicamente unas sobre otras al mismo tiempo que se traslapan horizontalmente, reproduciéndose no sólo a sí mismas sino también a las estructuras políticas de desigualdad que las fomentan y las impulsan (véase crítica de Robben 2008). Enfocar estas tres categorías teóricas de violencia que no son visibles de inmediato, permite de-

mostrar los vínculos entre las manifestaciones y formas específicas de violencia virtualmente infinitas que uno encuentra en la vida cotidiana y a lo largo de la historia. Mi objetivo al llamar la atención sobre ellas como productos y mecanismos de la dominación discursiva y física y de la desigualdad, es subrayar las bases para unas formas punitivas de gubernamentalidad en la era neoliberal que han llegado a ser cada vez más aceptadas como legítimas tanto por las víctimas como por los perpetradores, quienes con frecuencia se transforman en los agentes de la destrucción de sus comunidades y de sí mismos (Bourgois 2003; Bourgois y Schonberg 2009).

Reconocer estas dinámicas es especialmente crítico para formaciones sociales como la de Guatemala donde la historia reciente de violencia política masiva sigue siendo un secreto público (Taussig 1992), y donde la población en general se ve atrapada en el miedo a los niveles muy visibles –y hasta espectaculares– de violencia interpersonal y criminal que se desbordan a través de la vida cotidiana. En Guatemala, las manifestaciones más palpables de violencia a menudo adoptan la forma de delitos menores, broncas de cantina y/o brutalidad doméstica, junto con el secreto público del crimen organizado y de los constantes asesinatos con móvil político de finales de la década del 2000 (ver Fundación Myrna Mack 2009). En términos más generales, llamar la atención sobre las formas en las que la violencia íntima se conecta con las formas invisibles de violencia simbólica, estructural y normalizada que se superponen y se traslapan en un continuo, es particularmente importante en la era contemporánea de neoliberalismo globalizado cuando la creciente ostentación de acciones abusivas criminales, delincuenciales y auto-infligidas oscurece las jerarquías de poder históricamente arraigadas que imponen un sufrimiento desproporcionado sobre los pobres según patrones predecibles.

El miedo a ser víctima de la violencia íntima genera el apoyo pasivo –y a veces el compromiso activo– a las muertes organizadas, aprobadas por el Estado o movilizadas por la comunidad. Son notables en Guatemala los fenómenos conocidos como “limpieza social”, “asesinatos extra-judiciales” y “linchamientos”. Las tres categorías teóricas generales subrayadas en mi reconceptualización de un continuo permeable de formas invisibles de violencia no excluyen docenas de otras manifestaciones empíricas de violencia más específicas que pueden ser identificadas en combinaciones virtualmente infinitas. Las tres categorías teóricas analizadas en este documento quieren ser un punto de partida analítico pragmático para promover el reconocimiento de las raíces, vínculos, tentáculos, diversidad, omnipresencia y “mala fe” de la violencia en la vida cotidiana. Una vez más, es mucho lo que está en juego, ya que la violencia de un grupo social muchas veces es la virtud de otro y va acompañada de jerarquías de capital cultural y simbólico (Bourdieu 2000); por lo general, violencia y concepciones de lo moral acompañan a la distribución desigual de recursos.

El concepto de *violencia estructural* procede del marxismo y la teología de la liberación pero fue acuñado formalmente por primera vez por un socialdemócrata noruego, Johan Galtung, como crítica de la visión hostil de Estados Unidos, durante la Guerra Fría, frente a los movimientos revolucionarios nacionalistas, populistas o socialistas (Galtung 1969). Paul Farmer destaca como uno de los defensores contemporáneos más elocuentes de la importancia de abordar la violencia estructural en la antropología y la medicina social (Farmer 2004; Farmer et al., 2006). Su enfoque hace énfasis en la forma en la que grandes fuerzas políticas y económicas históricamente arraigadas causan estragos en los cuerpos de los sectores de la población socialmente vulnerables. Otros han aportado críticas (Scheper-Hughes y Bourgois 2004b; Wacquant 2004) o elaboraciones de la violencia estructural en la salud pública (Singer 1996; Pedersen 2002; Walter, Bourgois, y Loinaz 2004; Heggenhougen 2005). A pesar de su invisibilidad, la violencia estructural está moldeada por instituciones, relaciones y campos de fuerza identificables, tales como el racismo, la inequidad de género, los sistemas de prisiones y los términos desiguales de intercambio en el mercado global entre las naciones industrializadas y las no industrializadas.

El concepto de *violencia simbólica* fue desarrollado inicialmente por Pierre Bourdieu y se refiere al mecanismo por el cual los sectores de la población socialmente dominados naturalizan el *status quo* y se culpan a sí mismos por su dominación, transformándola de este modo en algo que parece legítima y “natural” (Bourdieu y Wacquant 1992:162–73, 200–5; Bourdieu 2000; 2001). Los insultos de por sí no son violencia simbólica. La violencia simbólica se da a través del proceso vil del reconocimiento erróneo por el cual los socialmente dominados llegan a creer que merecen los agravios que sufren y que las jerarquías de estatus que les dominan son legítimas. La violencia simbólica nos ayuda a entender el misterio de la reproducción social: ¿Por qué toleran los subordinados el *status quo*?

El término *violencia normalizada* ha sido adaptado del concepto inicial de Scheper-Hughes sobre violencia cotidiana que esta autora acuñó, basándose en Franco Basaglia (Scheper-Hughes y Lovell 1987), para llamar la atención sobre la producción social de indiferencia ante las brutalidades institucionalizadas. Se refirió, por ejemplo, a cómo el “genocidio invisible” de los niños que mueren de hambre en un barrio marginal de Brasil se convierte en una rutina legitimizada a través de acciones como los rituales burocráticos, los procedimientos banales de la medicina y el consuelo religioso a las madres (Scheper-Hughes 1996). Siguiendo a Franco Basaglia y Erving Goffman (1961), Scheper-Hughes también identificó como violencia cotidiana los rituales humillantes a los que enfermeras y doctores someten en su asistencia diaria a los internos psiquiátricos de los manicomios (Scheper-Hughes y Lovell, eds. 1987). El concepto de violencia normalizada coincide con el argumento de Michael Taussig sobre la “cultura

del terror” y el “sistema nervioso” por el cual la omnipresencia de la brutalidad y las violaciones a los derechos humanos crea un “espacio de muerte” que normaliza la muerte y la tortura y silencia la oposición (Taussig 1984; 1992). El reconocimiento del fenómeno de la violencia normalizada nos permite ver cómo ciertos discursos habituales vuelven invisibles unos patrones sistemáticos de brutalidad, tales como cuando el amor romántico se transforma en violencia doméstica o cuando los dictámenes de la masculinidad llevan a la tolerancia del feminicidio por parte del Estado y a que un hecho de violación sea erróneamente reconocido como inofensivo o merecido. La línea entre violencia simbólica y normalizada resulta particularmente permeable, cuando las víctimas llegan a aceptar la violencia normalizada como legítima, se convierte en violencia simbólica. El reconocimiento del proceso de la violencia normalizada también es consistente con el llamado de Walter Benjamin, durante el apogeo de Adolf Hitler, a reconocer que para los marginados cada día es un estado de emergencia (Benjamin 1968).

Inicialmente, incorporé la violencia íntima que estaba documentando entre los consumidores y vendedores de droga de un barrio urbano de Estados Unidos al concepto de Scheper-Hughes sobre violencia cotidiana. Me preocupaba especialmente llamar la atención sobre la forma en la que las relaciones de poder basadas en el género normalizaban la violencia interpersonal (Bourgois 2003b; 2004), y batallaba con entender el fenómeno de la violencia auto-administrada y personificada del consumo crónico y compulsivo de heroína y de crack (Bourgois 2003: 34). Pero, de hecho, la brutalidad interpersonal no está provechosamente conceptualizada como una categoría teórica de la violencia. Es más bien una manifestación empírica muy visible de violencia que tiene que ser analizada con relación a categorías procesuales más teóricas de violencia invisible, tales como la violencia estructural, simbólica y normalizada. Es necesario identificar las fuerzas que generan jerarquías y conflicto interpersonal, así como subrayar el papel político discursivo que tiene, en consecuencia, la violencia interpersonal para fomentar la violencia simbólica entre los socialmente vulnerables. Específicamente, la dramática visibilidad de violencia íntima, en contraste con la invisibilidad de otras formas de violencia en el continuo permeable de procesos de la violencia invisible, legitima la ideología neoliberal de culpar-a-la-víctima y oculta el poder generador de la violencia estructural, los efectos legitimadores de la violencia simbólica y los efectos invisibilizadores y la omnipresencia de la violencia normalizada. Esto es particularmente cierto con el auge a través del planeta de una hegemonía neoliberal dominada por Estados Unidos que defiende el recorte de servicios para los pobres a favor de las intervenciones punitivas y que provee subsidios y apoyo militar para que las corporaciones multinacionales dominen los “mercados libres”. La violencia criminal y delinencial interpersonal se da por regla general entre familiares,

amigos y vecinos. Cuando se observa aisladamente, sin el beneficio de analizar su lugar en el continuo de los procesos de la violencia invisible y contra el dinámico telón de fondo de los procesos estructurales, parece que está provocada por unos individuos que son sociópatas, criminales, o en el mejor de los casos, irresponsables o enfermos.

2. LOS TERRENOS ETNOGRÁFICOS

2.1. Guerra civil étnico-nacionalista en Nicaragua, 1979-1981

Mi primer trabajo de campo fue de antropología aplicada para el Ministerio de Reforma Agraria en Nicaragua durante los tres primeros años de revolución sandinista. Era un momento idealista de la Guerra Fría cuando unos revolucionarios carismáticos derrocaron a Anastasio Somoza, el dictador apoyado por Estados Unidos, e iniciaron una redistribución socialista de los recursos y la reforma de la economía y del sistema de tenencia de tierras. Me enviaron a la Mosquitia, la región más pobre del país, a lo largo de la frontera nororiental con Honduras. Se suponía que yo tenía que organizar cooperativas y redactar un informe sobre las necesidades políticas y económicas de la población indígena: amerindios miskitos y sumus. Para mi desgracia, fui testigo de cómo una inspiradora movilización a favor de los derechos indígenas se convertía en una sangrienta guerra civil, dinamizada por ambos bandos rivales en un discurso étnico-nacionalista y racializado. La movilización de los miskitos fue inspirada inicialmente por el discurso del Estado sobre una redentora agenda política nacionalista y populista que incluía la valoración de la dignidad de las culturas populares. Sin embargo, el cuadro del gobierno sandinista que entró en la región consideraba a las demandas miskitas por derechos culturales indígenas y autonomía política regional como planteamientos reaccionarios y contrarios a su ambicioso proyecto de desarrollo económico centralizado, que estaba basado en fomentar una visión latina de la lucha de clases, el anti-imperialismo y la solidaridad entre los campesinos (Bourgeois 1986). Me expulsaron del país después de que fui coautor de un informe que defendía la autonomía regional para la Mosquitia (Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria 1981).

Los miskitos se estaban rebelando contra la violencia simbólica y estructural del colonialismo interno. El racismo de los latinos contra los amerindios y la población de ascendencia afrocaribeña de la Mosquitia era palpable durante esos años y estaba profundamente arraigado en las estructuras económicas locales. Los mercados locales de granos e insumos agrícolas de los que dependía el campesinado indígena estaban controlados por emigrantes latinos de la Costa Pacífica. Irónicamente, el modelo estatal de reforma agraria socialista centralizada exacerbó las tensiones latinos/amerindios, ya que la región se llenó de funcionarios estatales no indígenas apegados a un lenguaje anti-imperialista,



Guerrilleros miskitos a inicios de los ochenta, autor desconocido.

nacionalista y latino de progreso y civilización para todos los agricultores pobres. Hablaban de “elevar el bajo nivel cultural de los indios” y el país fue empapelado con carteles revolucionarios que aclamaban “La Costa Atlántica: un gigante que se despierta”. En aquel tiempo, yo viajaba a las remotas comunidades de la Mosquitia como empleado del programa de reforma agraria que promovía cooperativas y ofrecía crédito y semillas. Iba acompañado de un representante indígena de la recién formada organización de masas para los derechos indígenas (MISURASATA) que había sido inicialmente autorizada por el gobierno central en respuesta a la demanda popular para una representación indígenas más organizada en el proceso revolucionario. A diferencia de mis ofrecimientos de apoyo técnico para la formación de cooperativas, sus discursos sobre la dignidad revolucionaria del pueblo miskito eran recibidos con aclamaciones y gritos del slogan sandinista “Patria libre o muerte”.

Varios líderes de MISURASATA empezaron a abogar por la expulsión de los racistas colonos y funcionarios latinos y en cuestión de un año hubo una incipiente organización guerrillera que exigía la formación de un Estado miskito independiente. La violencia y volatilidad de la respuesta nacionalista cultural miskita estaba orientada principalmente por un rechazo de la violencia simbólica. Este rechazo estuvo representado, en parte, por una revitalización del idioma miskito, que de repente se empezó a oír hablar claramente y con orgullo por las calles de Puerto Cabezas, la capital de la región de la Mosquitia poblada mayoritariamente por los miskitos. Individuos en puestos de liderazgo en la burocracia local que anteriormente habían “pasado” por latinos o afrocaribeños de pronto “recordaron” cómo hablar miskito y pronunciaban discursos elocuentes en su idioma natal, mostrando orgullo por su anteriormente despreciada cultura. En cierto modo, el auge étnico-nacionalista de los miskitos fue reflejo del auge del nacionalismo latino de los sandinistas con su discurso de rechazo al imperialismo estadounidense. Ambos bandos del conflicto indígenas-latinos se movilizaron en respuesta a patrones históricos de racismo internalizado –patrones que de pronto estaban invertidos por su movilización política violenta.

Los movimientos redentores en el contexto de una guerra civil con frecuencia son especialmente sangrientos (Kalyvas 2006). El rechazo de la violencia simbólica genera brutalidad interpersonal entre vecinos e incluso dentro de las mismas familias. Por ejemplo, los guerrilleros miskitos a veces cortaban las orejas y las lenguas de los campesinos indígenas que se aliaban con los sandinistas (Americas Watch Committee 1985). De hecho, durante la guerra argelina de la independencia de Francia que se inició en 1954, el psiquiatra y revolucionario martiniqués Franz Fanon documentó elocuentemente las sangrientas consecuencias de vencer el racismo internalizado (promovido por la violencia simbólica) del colonialismo (Sartre 1963). Sin embargo, el beneficio de la perspectiva histórica con respecto a la guerra de Argelia ha demostrado los límites de la interpretación romántica de Sartre sobre su potencial para la violencia revolucionaria libertadora.

De forma similar, en el contexto de Guerra Fría de la Nicaragua revolucionaria, EE.UU. aprovechó el populista movimiento miskito e inundó la región de dinero, armas automáticas y agentes de la CIA. EE.UU también fraguó una alianza entre la guerrilla miskita y “la contra”, un ejército irregular capitaneado por antiguos miembros de la Guardia Nacional del dictador nicaragüense. El gobierno sandinista respondió enviando tropas para incendiar las aldeas indígenas y reasentar a las poblaciones civiles en zonas controladas. Después de dos años y medio de amargas luchas, los sandinistas declararon un *mea culpa* oficial y cambiaron su política hacia los miskitos. Concedieron la autonomía regional a la Mosquitia e instituyeron, entre otras políticas, la educación primaria bilingüe y el control descentralizado de los recursos naturales. Significativamente, los

miskitos respondieron a estas acciones renunciando casi inmediatamente a la lucha armada y abandonando a sus aliados de la CIA a finales de 1985. En contraste, “la contra” latina siguió aceptando dinero y órdenes directas de la CIA hasta el alto el fuego de Sapoá en marzo de 1988. Según estándares latinoamericanos, esta dramática reestructuración cultural, económica y política representó un modelo positivo para la institucionalización de los derechos indígenas (Hale 1994) y un paso hacia el desmantelamiento de la violencia estructural y simbólica del colonialismo interno.

2.2. Lucha laborales en una bananera multinacional en Panamá y Costa Rica, 1981-1984

En mi segundo trabajo de campo seguí documentando la experiencia de colonialismo interno y de racismo institucionalizado mientras vivía en los barracones de trabajadores de una finca bananera de 6,000 empleados, de la United Fruit Company, que abarcaba las fronteras de Panamá y Costa Rica (Bourgois 1988; 1989a). La finca al lado costarricense, durante esos años, estaba sumida en violentas luchas laborales y varios trabajadores fueron asesinados por el gobierno durante las huelgas que se extendían por todo el país. Sin embargo, Costa Rica supuestamente era un país en paz en esos años, además de ser considerada internacionalmente un modelo de democracia no violenta en comparación con sus vecinos centroamericanos.

Mis notas de campo sobre la plantación documentan detalles de la lucha de clase que eran palpables en las interacciones diarias entre la administración de la multinacional y los obreros agrícolas. En mi análisis vinculé estos conflictos a la violencia estructural impulsada por los desiguales términos de intercambio entre los productos primarios (bananos) y los bienes industriales. También documenté la represión política de los derechos humanos y la hegemonía cultural y política, tanto del gobierno estadounidense como de la United Fruit Company, sobre el Estado de Costa Rica y su burocracia (Bourgois 2003c).

Mis notas de campo contienen referencias ocasionales a la violencia doméstica, junto con mis propias reflexiones en torno a la angustia que me provocaba no saber cómo intervenir dada mi condición de investigador externo. También reporté los ataques brutales sufridos por mis amigos en pleitos de borracheras. A uno de ellos le cortaron el cuello con un machete en un bar. En varias ocasiones tuve que escapar corriendo de peleas espontáneas de cantina. Documenté estos incidentes de paso, porque surgieron directamente delante de mí, pero no traté de analizar sistemáticamente la violencia interpersonal que ocurría tan visiblemente a mí alrededor.

No me daba cuenta de la importancia del vector género en la violencia interpersonal que me rodeaba, ni tampoco la relacionaba con la violencia estructural y con la represión política de los trabajadores sindicalizados. No me daba

cuenta de la manera complicada en la cual cada día es un estado de emergencia para los sectores vulnerables, como Michael Taussig (2006) argumentaría años después. Al contrario, la violencia interpersonal me parecía la excepción, casi un epifenómeno, en vez de la regla. No había leído la literatura autobiográfica de los sobrevivientes del Holocausto que brinda perspectivas sobre cómo el poder coercitivo de las instituciones totalizadoras puede convertir en monstruos a los dominados. Específicamente, me habría sido útil el concepto de Primo Levi (1988) de la *zona gris*, que explica cómo los imperativos de la supervivencia en los campos de exterminio de los nazis transcendían la decencia humana cuando los reclusos se disputaban desesperadamente un poco de ventaja dentro de las jerarquías de la administración cotidiana del campo, luchando para sobrevivir sólo un día más.

Cuatro décadas después de Auschwitz, Levi pidió elocuentemente a sus lectores que reconozcan la zona gris que opera banalmente a nuestro alrededor en la vida cotidiana "...aunque sólo queramos entender qué pasa en una gran fábrica industrial" (Levi 1988:40). Los 6.000 jornaleros del aislado enclave pantanoso de la finca bananera de la United Fruit Company en Centroamérica que yo estudiaba no estaban confinados en un campo de exterminio, pero pasaban por grandes dificultades en una zona gris impuesta por las transnacionales agro-exportadoras y las maquiladoras que predominan en muchos enclaves del mundo no industrializado.

2.3. Violencia revolucionaria redentora en El Salvador, 1981

Mi tercer trabajo de campo comenzó en El Salvador en 1981, al mismo tiempo que llevaba el trabajo de campo que acabo de describir en la bananera transnacional. Esta investigación en El Salvador continúa en la actualidad. Inspirado por las teorías de revolución campesina desarrolladas por Eric Wolf (Wolf 1969), ingresé en territorio controlado por combatientes guerrilleros del FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional). Además de mi interés teórico con respecto a los debates históricos sobre movilización política y conciencia de clase en los estudios sobre campesinos (Marx 1972; Paige 1975; Gramsci 1978; Skocpol 1979), también quería contribuir a una antropología aplicada en solidaridad con los movimientos populares. En consecuencia, estaba comprometido a documentar y denunciar las violaciones a los derechos humanos perpetradas por el gobierno militar de El Salvador con fondos y ayuda técnica proporcionados por Estados Unidos (Schwarz 1991).

Esta era la primera vez que yo elegía deliberadamente un terreno violento como trabajo de campo. Sin embargo, mi definición de violencia estaba todavía focalizada en la violencia estructural y en la represión política y la resistencia revolucionaria que eran tan visibles durante los debates de la Guerra Fría. En El Salvador, los campesinos se esforzaban en ser agricultores independientes,

pero los patrones desiguales de propiedad de la tierra y los términos usureros de mercado les obligaban a completar sus necesidades mínimas de dinero buscando trabajos temporales en las fincas de café y de algodón o participando en relaciones laborales de peonaje con los ganaderos terratenientes locales. Mi hipótesis teórica era que la articulación de tres modos de producción contradictorios –agricultura de semisubsistencia, trabajo por contrato semifeudal y trabajo a destajo en la agroexportación capitalista– estaba creando un fenómeno de violencia estructural que estaba movilizando políticamente a los campesinos de El Salvador.

La economía agrícola de subsistencia subsidiaba el costo de la reproducción de la mano de obra agrícola, permitiendo que las fincas agroexportadoras y los terratenientes locales impusieran condiciones laborales abusivas. El costo de crear y mantener una familia recaía sobre la comunidad basada en la subsistencia que después se veía obligada a mandar a sus jóvenes, en pleno auge de su ciclo vital productivo, a trabajar en las fincas de los terratenientes. Además, los trabajadores poco saludables, discapacitados, problemáticos y muy mayores de edad estaban excluidos de la economía agroexportadora (Burawoy 1976; Meillassoux 1981; Wolf 1982; Walter 2004). Los beneficios del sector agroexportador estaban basados –y siguen estándolo– en llevar lentamente a la población campesina a una muerte prematura por desnutrición. La insostenible posición de los campesinos empobrecidos salvadoreños, que querían ser pequeños agricultores independientes, fue la base estructural de la violencia de su movilización política contra un Estado represivo mucho más poderoso y contra una clase terrateniente que movilizaba escuadrones de muerte paraestatales.

En mi segundo día en este nuevo terreno de campo en un rincón remoto de la provincia de Cabañas, en la frontera con Honduras, me vi atrapado en una invasión de tierra arrasada por parte del gobierno militar y salí “de guinda” con la población. Huímos bajo el fuego con los aproximadamente 1,500 residentes locales de docenas de aldeas en un radio de 40 kilómetros cuadrados. Estábamos rodeados por las tropas del gobierno, que nos disparaban desde tierra y nos bombardeaban desde el aire. Había unos 150 combatientes del FMLN defendiéndonos. Prácticamente todos ellos eran adolescentes u hombres jóvenes del lugar. Encima de su compromiso político para conseguir acceso a la tierra y a mercados justos, estaban resueltos a defender a sus familias de ser masacradas y a sus aldeas de origen de ser quemadas. Durante dos semanas, la población civil –que incluía a ancianos ciegos y mujeres cargando a bebés recién nacidos– corríamos por la noche y nos escondíamos por el día, perseguidos por las tropas del gobierno que mataban a todo el que se encontraban y prendían fuego a todo el territorio que lograban ocupar.

“Cuando la granada cayó sobre el combatiente adolescente que subía por delante, me tiré de cabeza al suelo, detrás de unos matorrales. Acci-



Escondiéndose en un barranco al amanecer después de cruzar por la noche la línea de fuego de las fuerzas gubernamentales que nos encerraba.

dentalmente empujé a una joven madre que ya estaba acurrucada detrás de los matorrales en los que yo aterricé. Asusté a su bebé de seis meses y empezó a llorar. La madre me bufó al oído “Vete! Vete de aquí! Rápido”. Al principio, asombrado, pensé que estaba enojada conmigo y que estaba siendo cruel, diciéndome que me largara bajo una lluvia de balas. De pronto, me di cuenta de que estaba tratando de salvarme la vida: el llanto de su bebé empezaba a dejarse oír entre el sonido de los disparos. Me levanté de un brinco y salí corriendo hacia adelante, justo cuando otra ráfaga de ametralladora disparaba en dirección a los gritos de madres y bebés a mis espaldas” (Bourgois 1982a:C5; 2001).

Veinte años después, Armando, un sobreviviente que tenía 7 años durante la campaña de tierras arrasadas, reporta que fue capturado por las tropas del gobierno una noche cuando huían. Le perdonaron la vida, pero primero le obligaron a llamar a su madre de un extremo al otro de un barranco. No había luz. Ella le contestó desde el otro lado del barranco, revelando su posición, y los militares inmediatamente descargaron granadas y fuego de ametralladoras, matándola a ella y a todas las personas a su alrededor (Asociación Pro-búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos 2002).

Aproximadamente 250 campesinos murieron durante las dos semanas que duró la campaña de tierra arrasada, incluyendo unos 25 combatientes. Esta matanza ocurrió en el punto álgido de la intensificación de la Guerra Fría por parte

del presidente Ronald Reagan. Conseguí publicar un resumen de la operación militar en los medios de comunicación estadounidenses como “opinión editorial”. Años después supe que fui denunciado por la CIA como “agente guerrillero del FMLN”, en una proyección de diapositivas presentada a miembros del Congreso, y presumiblemente a miembros selectos de la prensa con quien había hablado (United States Congress 1982).

A pesar del hecho de que trataba de documentar las violaciones a los derechos humanos de modo que pudieran ser denunciadas internacionalmente, no reconocí de inmediato el fenómeno de los niños soldados en el conflicto salvadoreño. De hecho, observé este fenómeno mientras revisaba mis diapositivas sólo después se estableciera la categoría de niño soldado como derecho humano (en respuesta a las guerras civiles en África entre mediados y finales de la década de 1990). Siguiendo la lógica cotidiana de la guerra, los adolescentes son más sanos, corren más rápido y son más valientes de cara a la violencia extrema que la mayoría de la población, y en 1981 se consideraba normal que se reclutaran niños soldados. De hecho, el FMLN estaba orgulloso de la dedicación revolucionaria de sus niños soldados y, en un esfuerzo para demostrar el apoyo de sus bases y la justicia de su causa, documentaba la presencia de adolescentes en sus filas en las filmaciones para la solidaridad internacional (ej.: Drehsler y Christopher 1985).

Mi trabajo de campo entre los miskitos me había alertado sobre la forma en la que los rechazos redentores de la violencia simbólica producen nuevos vectores de violencia política que cargan un sentimiento de rabia y de dolor. Los campesinos revolucionarios salvadoreños estaban orgullosos de haber “tomado conciencia” y se referían a sí mismos como concientizados en un discurso que combinaba teología de la liberación y marxismo. También hablaban de su participación en la violencia política en términos explícitamente redentores. Menos de un año antes de conocerles, la mayoría de ellos eran jornaleros descalzos, analfabetos, endeudados con terratenientes locales que les trataban peor que a ganado (Bourgois 1982b). Como revolucionarios, de repente se encontraban haciendo el papel de ser el pueblo elegido de Dios, mostrándole al resto del mundo el camino hacia la justicia. Por ejemplo, un campesino de 46 años con el *nom de guerre* de Hércules evocaba a su hijo, que acababa de morir en combate:

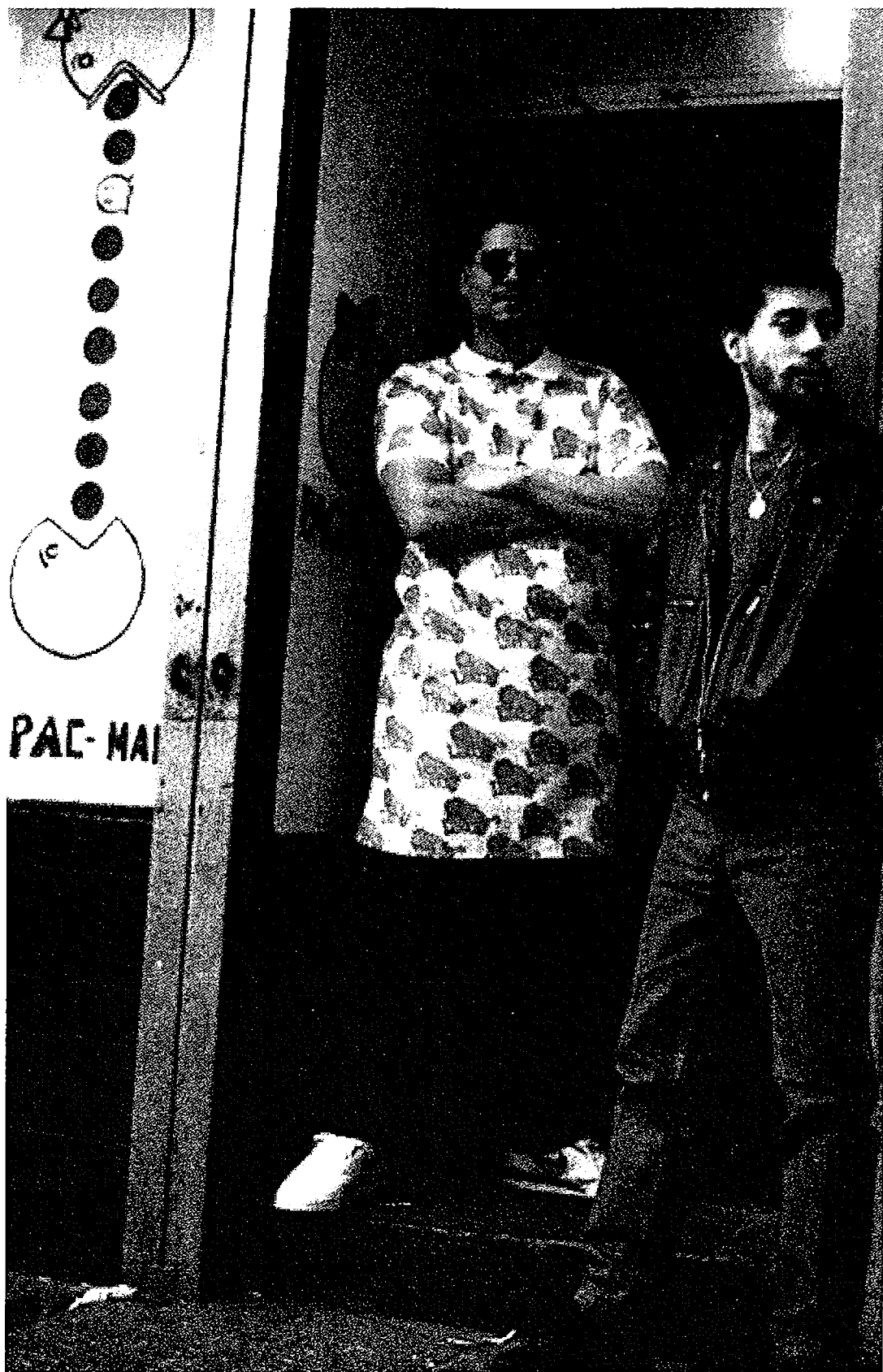
*“Oh tú, que nos enseñaste tan claramente de qué se trata la lucha,
desde el cielo escuchas nuestras oraciones, oh hijo mío queridísimo
¿Por cuántas noches de rezo nos has guiado?
Pero estamos contentos porque estás en el cielo
y tu destino fue ser un buen combatiente guerrillero,
tu recuerdo permanecerá siempre en los corazones de tus compañeros.
Revolución o muerte,
el pueblo armado vencerá”*

Estaban peleando explícita y articuladamente contra la violencia estructural, pero también hablaban de superar la desenfrenada violencia delincriminal interpersonal que había dominado sus vidas como campesinos rurales. Uno de los combatientes me dijo: “*Antes éramos machistas. Tomábamos mucho y nos peleábamos a machetazos entre nosotros. Pero después la organización nos enseñó el camino y hemos canalizado la violencia para el beneficio del pueblo*”. En pocas palabras, la violencia íntima interpersonal fue poderosamente canalizada en forma de resistencia política y la ruptura de las cadenas de la violencia simbólica se manifestó en actos heroicos y en dedicación política. Véase por ejemplo en las novelas de Manlio Argueta, la poderosa evocación de la metamorfosis de los campesinos salvadoreños de víctimas de represión y abusos a revolucionarios dedicados (Argueta 1983; 1987); véase también el análisis de Oscar Lewis acerca de la revolución cubana en 1959: “*¡Un oficial cubano me dijo que prácticamente habían eliminado la delincuencia dándoles armas a los delincuentes!... Las personas tenían un sentimiento nuevo de poder y de importancia. Estaban armados y les daban una doctrina que glorificaba a la clase baja como la esperanza de la humanidad*” (Lewis 1970: 75).

Por desgracia, la lógica de la violencia interpersonal normalizada siguió fermentando durante la revolución y el desplazamiento de la violencia simbólica también se manifestó en actos de brutalidad y sadismo, como se dio en la movilización miskita contra los sandinistas poco después del fin de la guerra. Las manifestaciones de violencia íntima, doméstica y autodestructiva resurgieron con fuerzas redobladas, como habría de descubrir cuando reanudé mi trabajo de campo diez años más tarde entre los mismos campesinos revolucionarios sobrevivientes de la lucha.

2.4. Apartheid East Harlem, 1985-1991

Durante mi siguiente proyecto importante de trabajo de campo viví con mi familia cerca de la casa de unos distribuidores de crack en East Harlem a fin de documentar el fenómeno que yo llamo apartheid de facto en los guetos estadounidenses (Bourgois 2003a: 19-47). Me hice amigo de una red social de vendedores de crack, sus familias y sus clientes. A diferencia de mi investigación anterior entre campesinos revolucionarios en El Salvador no creí que iba a tener que documentar el fenómeno de la violencia, y mucho menos teorizarlo. Todavía tenía un conocimiento limitado de la violencia delincriminal y lo consideraba como algo casi incidentalmente local e individualizado. No la reconocía como un fenómeno histórico en evolución que surge de y es legitimado por procesos invisibles de violencia (estructural, simbólica y normalizada). No obstante, mi siguiente trabajo de campo me obligó a empezar a teorizar acerca del fenómeno de la violencia íntima, intersubjetiva, interpersonal y auto infligida. Me sentía abrumado por los golpes y balazos que sobrevolaban los hogares ve-



El administrador de una casa de crack y su guardia. Foto de Víctor Vargas.

cinos y por la decrepitud de los adictos y alcohólicos crónicos que deambulaban por las calles. También compartía con mis vecinos un miedo crónico a ser asaltado o robado. Mi experiencia de trabajo de campo en Centroamérica durante la Guerra Fría me ayudó a reconocer las relaciones entre violencia estructural y violencia simbólica. Mi desafío era documentar la complicada normalización de la violencia íntima en el gueto estadounidense.

Mi periodo de residencia en East Harlem coincidió con el fin de la Guerra Fría y la consolidación del neoliberalismo estadounidense (acentuado por la guerra contra las drogas). Durante estos años Estados Unidos se convirtió en la nación con mayor índice *per capita* de población encarcelada del mundo. Teorizar acerca de la violencia delincuencia resultó ser un tema político e intelectual urgente. Desde que terminó la Guerra Fría, el fenómeno de la violencia íntima se convirtió en un objetivo central de mis proyectos etnográficos y del re-análisis de mis notas de campo en tiempo de la Guerra Fría.

Mi trabajo de campo en East Harlem me hizo reconocer la forma en la que las relaciones de poder basadas en el género distribuyen desigualmente muchas cargas de violencia (Bourgois 1996; 2003a:213-317). Además, siguiendo a Paul Willis (1981) y a Bourdieu (1990), desarrollé una explicación de las expresiones de resistencia y oposición en East Harlem como mecanismos para la reproducción simbólica de la dominación que es exacerbada por la visibilidad de la violencia íntima.

La mayoría de los traficantes de crack habían desertado de la escuela en sus primeros años de adolescencia y se habían excluido del mercado laboral legal al rechazar lo que consideraban condiciones humillantes de trabajo. Buscaban el éxito como empresarios independientes en la economía clandestina del narcotráfico y en la cultura callejera del *hip hop*. La dinámica cultura de la calle que surge de la economía del narcotráfico representa una respuesta creativa a la exclusión y crea nuevos foros para el éxito masculino, tales como ser líder de una pandilla o ejecutivo en la industria del narco, pero también se basa en ser semi-analfabeto, expresivamente agresivo, no dejarse explotar y vivir empapado en violencia y abuso de drogas y alcohol. Los traficantes vendedores de droga deben participar en exhibiciones públicas de violencia para reforzar su credibilidad, y la adicción es uno de sus riesgos laborales (Bourgois 1989b; 1997). La forma popular de arte *hip hop* del *rap gánster* celebra triunfalmente el dinero sucio, el asesinato, la violación de mujeres y el consumo de drogas, así como la oposición a la represión policial.

2.5. Violencia de las pandillas y las secuelas del militarismo estadounidense de la Guerra Fría, 1991-1993

Mi siguiente trabajo de campo, realizado conjuntamente con Jim Quesada y Jeff Schonberg, fue con una pandilla de barrio de la esquina del bloque donde

yo vivía en el Mission District de San Francisco. Esta misma esquina también era el punto de reunión de trabajadores indocumentados que se exponían a los coches que circulan en el bulevar con la esperanza de encontrar trabajo. Hicimos amistad con unos adolescentes de ascendencia centroamericana de segunda generación que alternativamente coexistían con y asaltaban a los nuevos inmigrantes jornaleros que buscaban trabajos de jornaleros. Muchos de los trabajadores inmigrantes indocumentados eran veteranos de guerras internacionales financiadas por Estados Unidos durante la Guerra Fría. Consecuentemente, la esquina representa la quintaesencia de un espacio público neoliberal globalizado post-Guerra Fría donde poblaciones vulnerables se devoran unos a otros mientras proporcionan una fuente conveniente de mano de obra flexible y barata para los ricos.

La mayoría de los jornaleros se vieron obligados a dejar sus comunidades de origen cuando la economía agrícola de sus países resultó afectada por las importaciones baratas de la industria agrícola estadounidense. Parados ansiosamente en la esquina trataban desesperadamente de establecer contacto visual amigable, saludando y sonriendo a los conductores de los vehículos que reducían la velocidad o se detenían en el semáforo. Muchos de ellos exhibían literalmente sus músculos con una sonrisa, como si se estuvieran subastando a sí mismos en una versión contemporánea neoliberal de un mercado de esclavos. Se esforzaban en proyectar una imagen de cuerpos sanos, fuertes, y de demostrar su sincero deseo de un trabajo duro, disciplinado. Esta postura estilizada, que expresaba fuerza masculina, pero también docilidad, les volvía especialmente vulnerables a las burlas ocasionales de los peatones que pasaban a su lado. La presencia de los pandilleros en la esquina donde buscaban trabajo les enfurecía. A menudo hablaban de cuánto les preocupaba que los ocupantes de los vehículos ser confundidos con “vagos, borrachos o drogadictos” como los adolescentes que les rodeaban.

Por entonces, el distrito Mission se había puesto de moda, estaba siendo ocupado por jóvenes burgueses y los precios se habían vuelto inaccesibles, de modo que en cuestión de tres años las familias de los pandilleros se habían mudado a casas de alquiler más baratas en las afueras de San Francisco. Sin embargo, el número de jornaleros indocumentados de la esquina fue creciendo con los años. Sobrevivían principalmente limpiando jardines y trabajando para contratistas informales, renovando las antiguas casas de trabajadores y convirtiéndolas en residencias millonarias para los nuevos propietarios, en su mayoría, blancos. Elegimos deliberadamente este lugar para poder vincular sus manifestaciones locales de violencia interpersonal con los efectos macro-históricos de la violencia militar de EE.UU en Centroamérica y también con la violencia estructural del mercado laboral básico estadounidense donde el orden público

impone bajos salarios y altos niveles de disciplina laboral a los inmigrantes indocumentados que temen ser deportados.

Al mismo tiempo, dentro de esta “pesadilla americana” de hiperexplotación persiste el sueño americano del ascenso social a través de trabajo duro y buena suerte. La trayectoria económica de nuestro principal protector, un desertor de las fuerzas aéreas jordanas, copropietario de la tienda de la esquina, era un ejemplo de la perseverancia de esta ilusión. Su negocio principal consistía en mantener máquinas ilegales de póker, vender cervezas y cigarrillos a pandilleros adolescentes y comida rápida a los jornaleros indocumentados. Su socio era un inmigrante refugiado palestino y toda su actividad económica se regía en la confianza. Nunca vimos evidencia alguna de contratos o de contabilidad formal. Trabajaba en la caja en el peligroso turno de noche y mantenía buena relación con los pandilleros adolescentes que se reunían en su esquina. Lograba hacerse respetar con algún puñetazo ocasional, o incluso amenazándoles con su revólver, cuando rompían botellas, destrozaban árboles o vehículos aparcados o vendían drogas indiscretamente delante de la tienda. Cuando aparecía una incursión de bandas rivales en el vecindario para luchar por el territorio, él simplemente bajaba las persianas y esperaba. Estudiaba administración de empresas en la universidad local y eventualmente se mudó al centro donde invirtió en un café internet. Mi último contacto con él fue cuando me invitó a su boda con una mujer rusa que había aprovechado el legado de la Guerra Fría para emigrar a Estados Unidos como refugiada judía.

También nos hicimos amigos de dos jornaleros salvadoreños sin papeles que habían estado en bandos contrarios durante la guerra civil. Juan por ejemplo, era alcohólico, antiguo miembro de un escuadrón de la muerte, y trabajaba eliminando asbestos. Rodrigo era un ex combatiente del FMLN que había utilizado los 4.000 dólares que recibió de las Naciones Unidas cuando entregó su AK-47 para pagar a un “coyote” que le llevó a Estados Unidos. Los dos hombres evitaban hablar de política, reconociendo su vulnerabilidad compartida como jornaleros indocumentados, semianalfabetos, en Estados Unidos (Quezada 1999). Ambos se sentían traicionados por los líderes que siguieron durante la guerra. El miembro del escuadrón de la muerte de vez en cuando se echaba a llorar, temblando: “*¡Fui muy maldito! ¡Maté a mucha gente, Felipe! Sí, maté a mucha gente*”. Pero no daba más detalles.

En contraste, Rodrigo, cuyas piernas estaban surcadas de cicatrices provocadas por balas de ametralladora, estaba orgulloso de haber luchado por sus derechos como campesino pobre. Sin embargo, era muy consciente de que la historia le había traicionado y de que muchos de sus antiguos comandantes ahora manejaban autos con aire acondicionado pagados por ONG internacionales. La paz le había transformado de héroe revolucionario a jornalero ilegal, repudiado y mal pagado: “*¡Después de todos estos años, no tengo estudios! Sólo sé*

trabajar”. No obstante, tenía la ventaja de haber crecido en territorio del FMLN donde el alcohol y las drogas habían estado prohibidos, y aborrecía el abuso de drogas de los jóvenes pandilleros que nos rodeaban. De hecho, a veces bromeaba acerca de utilizar su experiencia militar para matarles a todos.

Inicialmente, el objetivo principal de Rodrigo era ganar dinero para enviárselo a su mamá y a los hijos que tuvo con varias mujeres diferentes durante la guerra. Sin embargo, cuatro años después, consiguió obtener el estatus de residente legal como refugiado de guerra y se casó con una latina indocumentada con la que tuvo un hijo. Compraron con varios primos una casa compartida de medio millón de dólares. Ninguno de los propietarios ganaba salarios superiores a 12 dólares la hora y la mayoría eran contratados sin papeles por contratistas irregulares para proyectos a corto plazo. A menudo pasaban varias semanas o meses sin trabajo. Su casa estaba exageradamente abarrotada de gente y estaba situada enfrente de un gran proyecto de viviendas ocupadas principalmente por afroamericanos y con uno de los índices más altos de muertes por pandilleros en San Francisco.

Perdieron su casa, víctimas de la estafa de los créditos hipotecarios “subprime” con tasa variable y de la aplicación de una ordenanza de rezonificación de la ciudad que aumentó sus impuestos debido al excesivo número de ocupantes de su casa. Mientras pasaba por esta crisis con su vivienda, la mujer de Rodrigo se fue con su hija a vivir con otro trabajador indocumentado. Ella y su nueva pareja trabajaban dobles turnos lavando platos en restaurantes, sin seguro médico. Rodrigo fue encarcelado temporalmente por cargos de violencia doméstica que fueron sobreesidos por el Fiscal del Distrito porque Rodrigo tenía más marcas en su cuerpo que las que tenía su exmujer en el suyo. Rodrigo alegó que él no la había pegado, que sólo la había empujado para alejarla cuando ella le golpeaba. Sin embargo, me dijo que en su pueblo de origen no conocía a una sola familia en la que el marido no golpeará a su mujer y a sus hijos. De hecho, dijo que una de las razones por las que se había unido al FMLN a los 14 años fue para huir de la violencia doméstica de su padre.

La violencia en las vidas de los pandilleros también estaba focalizada principalmente en las relaciones de pareja, pero se exacerbaba dramáticamente por el consumo de drogas. Un adolescente se suicidó cuando le dejó su novia, y a otro lo encerraron indefinidamente bajo la ley californiana de reincidencia por atracar a una pareja con una pistola después de un exceso de crack. Un poco antes, esa misma tarde, había “abofeteado” ritualmente a mi co-trabajador de campo, James Quesada, y había amenazado con hacerme lo mismo si me quejaba. Había estado fumando crack y estaba enojado porque había perdido jugando al billar con nosotros. Cuando ya nos íbamos, de repente decidió darnos una lección de masculinidad delante de sus “homies” [“colegas”] y nos impuso un impuesto de 5 dólares a cada uno.



Miembros de la pandilla en la esquina. Foto de Jeff Schonberg.

Eventualmente, los jóvenes pandilleros “desaparecieron”. La mayoría de ellos simplemente siguieron a sus madres a barrios de alquileres más reducidos. Un joven particularmente sociable regresaba a veces a pedir limosna delante de la tienda de la esquina para comprar cerveza. Me dijo confidencialmente que ya no podía volver a su casa porque su padre había salido de la cárcel donde cumplía condena por asesinato y que solía golpearlos a él, a su madre y a su hermana menor cuando bebía.

2.6. El Salvador: Recuerdos revolucionarios tras la globalización neoliberal, 1994-2007

En pleno trabajo en la esquina de los jornaleros indocumentados y los jóvenes pandilleros, empecé a visitar de nuevo los reasentamientos de combatientes y partidarios del FMLN en El Salvador donde me había quedado atrapado durante la invasión militar de tierra arrasada de 1981. Lo más tangible a primera vista era la pobreza de unos pequeños agricultores que trataban de subsistir cultivando maíz y frijol. Tenía esperanzas de que esta visita de regreso fuera una reunión catártica con las personas con las que había forjado vínculos humanos y políticos durante los catorce días de “guinda” bajo el ataque militar en 1981. Resultó ser una experiencia extraña y, a ratos, decepcionante, en la que parecíamos andar de puntillas en torno a campos minados de fechorías, decepción y deslealtad. Mis amigos rememoraron los odiosos detalles que son comunes

a todas las guerras civiles populares: las muertes innecesarias debidas a la estrategia militar, el abandono de los camaradas en emboscadas, la asfixia imprevista de bebés que lloraban durante las “guindas” nocturnas bajo fuego y bombardeos, la desertión de los combatientes, el tiro de gracia a los camaradas heridos para impedir que fueran capturados y torturados por el enemigo (Bourgois 2001). Al igual que Rodrigo, en San Francisco, se sentían traicionados por la política, pero sin embargo seguían apoyando los ideales revolucionarios socialistas populares de la década de 1980. La lucha armada les había causado mucho sufrimiento y generado recuerdos más conflictivos que empoderadores.

Viéndolo retrospectivamente, parece evidente que el movimiento revolucionario en El Salvador fue distorsionado por la violencia represiva del gobierno militar contra la que se estaba organizando. A través de un proceso casi mimético, la brutalidad del ejército fue trasladada a las estructuras organizacionales del FMLN. Se apoyaban en la violencia como una necesidad instrumental banal para reforzar la disciplina y para protegerse de la infiltración de espías enemigos. Durante toda la década de 1980, el gobierno salvadoreño mató y torturó a todo el que fuera incluso vagamente sospechoso de “subversivo comunista”. Aunque en números mucho menores, la guerrilla también mató a individuos de sus filas, sospechosos de traición (Americas Watch Committee 1991). Estos asesinatos internos tenían una lógica de sobrevivencia que les hacía parecer “normales” en el momento álgido de la guerra: cuando había dudas con respecto a la lealtad de un individuo, no podían arriesgarse a dejar en libertad a esa persona porque, si era realmente informante del gobierno, todos ellos serían capturados, torturados y/o asesinados. Una persona añadió el morboso detalle de que los cuchillos del ejército suizo, como el que yo le había dado a un combatiente el último día que le vi durante la incursión militar de 1981, se utilizaban para torturar a los sospechosos de informar al enemigo. La literatura sobre guerras civiles confirma que, a pesar de su lenguaje utópico liberador, el asesinato de presuntos infiltrados a menudo es un componente central de la resistencia partisana a gobiernos centrales represivos (Kalyvas 2006). Es más, los individuos que se sienten desesperados por la violencia estructural en los intersticios más marginales de la economía contemporánea –tales como los campesinos empobrecidos que están obligados a incorporarse como trabajadores migrantes estacionales marginales– son especialmente susceptibles de ser víctimas y verdugos brutales frente a la represión política.

Los asesinatos internos interpersonales e instrumentales cometidos por el FMLN en nombre de unos ideales políticos estaban moldeados con frecuencia por relaciones de poder basadas en el género, que es también una forma de desigualdad social que normaliza y legitima la violencia en tiempos de paz también. A pesar de que los asesinatos eran invariablemente justificados durante la guerra en un lenguaje político, un análisis retrospectivo revela que a menudo

siguieron un patrón romántico patriarcal de construcción de moral y jerarquía. Hombres celosos acusaban de ser espías del gobierno a ex amantes que les dejaron plantados o a los novios rivales que les suplantaron. Sus acusaciones no necesariamente eran siempre inverosímiles: tal es la naturaleza de la traición conyugal en los contextos violentos y politizados de la guerra civil.

Las mujeres sufrían el impacto de estas acusaciones porque podían cruzar las líneas durante la guerra y porque la lucha revolucionaria remodeló las relaciones tradicionales de poder en las familias y comunidades, volviéndolas socialmente sospechosas. Por ejemplo, Clara, una mujer carismática con la que hice amistad en un campo de refugiados después de la incursión del ejército en 1981, era líder de una de las asociaciones de mujeres revolucionarias del FMLN. Se ofreció voluntaria para regresar al territorio controlado por el gobierno militar camuflada de vendedora de golosinas a fin de hacer espionaje militar y de conseguir medicamentos y suministros médicos para sus compañeros combatientes. Luego de varios meses en esta peligrosa misión, circuló el rumor de que era agente doble porque estaba teniendo amoríos con un miembro de un escuadrón de la muerte en la aldea militarizada que visitaba regularmente. Fue asesinada por sus compañeros de armas después de que varios combatientes perdieron sus piernas por unas minas antipersonales que parecían estratégicamente colocadas en los caminos que llevaban a sus campamentos.

Diez años después, a nadie le quedaban dudas de la lealtad de Clara a la causa revolucionaria. Es posible que siguiendo unos vectores de poder en torno al género, ella se viera obligada, de hecho, a desarrollar relaciones sexuales o incluso afectivas con un oficial militar de la aldea en la que se había infiltrado. Esto la habría protegido de toda acusación que la vinculara como simpatizante de la guerrilla, y de ser torturada y asesinada si la detenían. Al mismo tiempo, durante los años revolucionarios, ella había surgido como la líder local de la “organización de masas” de mujeres de su comunidad y había exigido a los comandantes locales que abordaran los derechos de las mujeres. Resumiendo, había transgredido las normas patriarcales de liderazgo político y debate ideológico. La violencia normalizada que operaba a través de las lógicas y tensiones específicas de violencia romántica, seguridad militar y desacuerdo político que hicieron que su asesinato pareciera necesario e incluso juicioso, está encapsulada en el relato del ex combatiente que me habló de ello años después: “*A la mala hierba hay que cortarla. Así decían*”. Véase la descripción de Silber (2006) sobre cómo una mujer exmiembro del FMLN fue marginada por sus vecinos en una comunidad campesina de exguerrilleros de El Salvador, acusada de transgresión sexual por haber violado las estructuras de autoridad masculina durante la guerra.

Este tipo de experiencias confusas de violencia patriarcal interpersonal en nombre de la política crea una dinámica post-bélica de violencia simbólica que

nutre la auto culpabilidad entre los antiguos revolucionarios por la conducta irresponsable de ciertos cuadros, o por haber sido “engañados” (“*nos engañaron*”), y que oscurece dinámicas opresivas de violencia represiva mucho más graves durante la guerra. El papel decisivo de las violaciones a los derechos humanos del gobierno militar, y las desigualdades en relaciones de poder basadas en el género que dinamizaron tanto los celos masculinos románticos como el dogmatismo político, todavía no han sido analizados en el discurso popular. Al contrario, el recuerdo de los asesinatos interpersonales injustificables desmoraliza a los antiguos revolucionarios y deslegitima la crítica política radical del *status quo* que les había movilizado hacia la lucha armada.

Técnicamente, El Salvador está en paz desde 1992, pero según las estadísticas oficiales mueren más personas cada año debido al crimen y a la delincuencia que las que murieron a causa de la represión y la lucha armada en el momento álgido de la guerra civil. La cifra oficial en 1998 era de 77.1 muertes por cada 100,000 habitantes, la más alta de Latinoamérica (DeLugan 2005). La violencia criminal ha crecido exponencialmente bajo el neoliberalismo, espoleada por una lógica de recurrir al uso de una violencia estratégica y pragmática que fue necesaria para mantenerse vivo durante la guerra y que en la paz sigue siendo normalizado el uso de la fuerza para obtener un beneficio instrumental, reafirmar la autoridad masculina o arreglar conflictos. Se manifiesta interpersonalmente en la violencia doméstica, el robo de autos, los asaltos, las violaciones, las peleas entre pandillas y broncas de cantina.

La relación directa de la guerra civil con el aumento de la violencia en tiempos de paz con frecuencia es claramente visible en las logísticas específicas de un hecho violento individual. Por ejemplo, dos años después de mi visita de regreso en 1993, uno de mis amigos, Alberto, fue asesinado por su hermano de 14 años, con la misma arma que él había usado durante la guerra, para impedir que Alberto golpeará a su madre ella le negó dinero para comprar más alcohol en una borrachera. A mediados de la guerra, Alberto pisó una mina antipersona. Después de la paz, pasó de ser un héroe revolucionario convaleciente a ser un campesino incapacitado que no podía trabajar su milpa situada en una escarpada montaña a kilómetro y medio de distancia del rancho maltrecho en el que vivía. Se convirtió en un alcohólico que vivía principalmente de manipular a las mujeres. Dedicaba gran parte de su tiempo a recordar la guerra, pero algunos de sus antiguos camaradas añadieron insultos a sus heridas criticándole por haber sido solamente un “correo” entre zonas de combate y no un auténtico combatiente.

El constante continuo de violencia desde la guerra civil, en este caso particular, no cesó con la muerte de Alberto. Al contrario, su hermano se volvió pandillero mientras cumplía su condena en prisión por asesinar a su hermano. Ahora vive en San Francisco y está cubierto de tatuajes y cicatrices pandilleras. La última vez que le vi fue en el bautizo de uno de sus primos recién nacido e

insistió en que le prestara 20 dólares. Me dio demasiado miedo negarle el dinero y él se fue corriendo a fumar crack. Uno sospecha que un ex combatiente de cualquiera de ambos bandos del conflicto puede llegar a cometer una cantidad desproporcionada de violencia instrumental en tiempos de paz. Dicha violencia también puede ser moldeada traumáticamente, en cierto modo, y estar impulsada logísticamente por la antigua violencia de tiempos de guerra, como en el caso del hermano pequeño de Alberto. No obstante, ésta es una cuestión empírica que tiene que ser mucha más documentada. A medida que pasa el tiempo, el efecto de la violencia íntima en tiempos de paz oscurece los vínculos con la historia de la guerra y con las estructuras de la pobreza y la desigualdad social —especialmente en el caso de la segunda generación, como el hermano menor de Alberto, que hoy aparece como un adicto sociópata en vez de cómo el producto de un sistema social en violenta transición histórica.

2.7. Abuso entre los toxicómanos lumpenizados de la calle bajo el neoliberalismo

En mi siguiente proyecto a largo plazo, la etnografía de un grupo de hombres y mujeres desamparados en San Francisco, mi trabajo con ex revolucionarios salvadoreños y con distribuidores de crack en East Harlem me facilitó el reconocimiento de la importancia de los vectores de género en legitimar la violencia íntima. Durante más de diez años, mi colaborador, Jeff Schonberg, y

Inyección por la mañana en uno de los campamentos. Foto de Jeff Schonberg.



yo hemos estado dándole seguimiento a una red social multiétnica de adultos adictos a la heroína y al crack, que viven y envejecen en la calle, bajo un entramado de pasos elevados de la autopista, como a unos seis bloques de mi casa, en un barrio multicultural de San Francisco que recientemente se ha ocupado por clases altas (Bourgois y Schonberg 2009).

Además de documentar sus historias de vida y estrategias de supervivencia, nos enfocamos en sus interacciones con las instituciones del sector público que fueron diseñadas para servirles y abarcarles; principalmente, la policía, el hospital público y bienestar social. Subsisten en la zona gris, como dice Primo Levi (1988), de la traición mutua –impuesta, en este caso, por la guerra contra el narcotráfico y por la ausencia de servicios sociales coherentes, especialmente viviendas subsidiadas y tratamiento de rehabilitación de drogas. La mayoría cuentan historias desgarradoras sobre la violencia a la que sobrevivieron de niños y sobre la violencia que ahora de adultos infligen a sus hijos, hijas y parejas. Todos ellos han estado encarcelados y muchos fueron encerrados en su adolescencia. En sus años de madurez, la mayor parte de su violencia está orientada contra ellos mismos. Han subordinado toda su vida –vivienda, sustento y familia– al consumo diario de drogas. Sufren el dolor y la ansiedad crónica del hambre, la vida a la intemperie, las enfermedades infecciosas y el ostracismo social mientras rebuscan las drogas. Abscesos, infecciones de piel, heridas, contusiones, huesos rotos, gripes, catarros y síntomas de abstinencia de heroína son características constantes de sus vidas.

Con ayuda de Bridget Prince y Sarah Thibault, también hemos dado seguimiento a varias redes sociales adicionales de jóvenes sin techo, adictos a la heroína, en un barrio blanco de San Francisco conocida como Haight Ashbury District. Ellos todavía están en pleno auge de su fuerza física y son más activamente violentos. Frecuentemente se pelean y confrontan abiertamente a la policía que a menudo les arresta y les hostiga. La violencia está normalizada en sus interacciones cotidianas.

La mayoría de los hombres sin techo consideran que la violencia instrumental es algo ético. Es una brújula moral para definir su autoestima y castigar a transgresores inmorales. Construyen un sentido de masculinidad ejemplar golpeando a amigos y rivales por cuestiones como insultos, deudas incobrables y acceso sexual a las mujeres. Muchos de los que consiguen establecer relaciones de pareja con mujeres (generalmente más jóvenes que ellos) caen habitualmente en patrones de violencia doméstica allegados a los modelos patriarcales para imponer la disciplina y el control sobre la mujer que está considerada indigna o inmoral. Sus relaciones sentimentales están cargadas de celos violentos. Las mujeres sin techo de las calles de San Francisco que se mantienen solas son víctimas habituales de rapaces ataques sexuales y muchas veces buscan cons-



Jóvenes de la calle en el Haight. Foto de Jeff Schonberg.

cientemente emparejarse con hombres celosos y violentos para protegerse del acoso sexual y del riesgo constante de violación (Bourgois 2004).

El análisis de la continuidad de la violencia nos ha permitido desarrollar una teoría del abuso del lumpen para entender el fenómeno del extremo sufrimiento físico y psicológico entre un gran número de drogadictos indigentes en una de las ciudades más ricas del mundo (Bourgois y Schonberg 2009). La guerra contra las drogas, el recorte de los servicios sociales para los pobres y la precarización del mercado laboral asalariado básico a partir de la década de 1980 con la consolidación de un modelo punitivo neoliberal en Estados Unidos, ha producido un número creciente de consumidores crónicos de drogas que carecen de relación productiva con la economía legal. Sus vidas cotidianas están cada vez más envueltas en violencia interpersonal. Estados Unidos constantemente queda en mal lugar en las comparaciones internacionales de las estadísticas de calidad de vida que miden expectativa de vida, salud, segregación étnica, alfabetización e indigencia. De seguido ha tenido los niveles más altos de desigualdad en la distribución de los ingresos y de encarcelamiento *per capita* que cualquier otra nación próspera del mundo y su índice de asesinatos es de 6 a 44 veces más alto que el de la mayoría de las demás naciones industrializadas (*New York Times* 2003; Public Safety Performance Project 2008; United Nations Development Programme 2006:295-6; Wacquant 2007).

El mal definido término de Marx “lumpen” es útil para identificar a los sectores sociales que corren mayor riesgo de ser tanto víctimas como perpetradores

de la violencia. Él usó muchas veces este término como un juicio arbitrario moralizante para criticar enemigos políticos, pero técnicamente la categoría lumpen se refiere a las personas que fueron expulsadas o excluidas (frecuentemente de forma súbita o violenta) del sistema económico productivo de su época histórica (es decir, por transiciones desreguladas de sus modos de producción). En el concepto de Marx, el lumpen son los que se encuentran como desechos históricos de las grandes transformaciones a largo plazo en la organización de la economía, y representan el fracaso de los sistemas políticos para crear sociedades inclusivas, solidarias (Draper 1972; Marx 1972:75; Bovenkerk 1984; Stallybrass 1990; Parker 1993).

El lumpen fue un concepto particularmente flexible para Marx, porque los individuos lumpenizados procedían de cualquier origen de clase: aristócrata, campesino, proletario e, incluso, burgués. La interpretación de Foucault sobre subjetividad, biopoder y gubernamentalidad es útil para ampliar y desestabilizar el concepto economicista de clase transformándolo en una característica modificante y parcial más que en una categoría delimitada y totalizadora. En la década del 2000, por lo tanto, el término lumpen se entiende mejor como adjetivo y no como marcador estable. En el concepto de Foucault, las subjetividades son identidades y sentimientos propios de la persona que surgen en momentos históricos. Parecen ser opciones premeditadas pero, de hecho, se imponen a sí mismas sobre los individuos en un proceso de subjetivización. Nos disciplinamos a nosotros mismos (sea en oposición o en sumisión) para convertirnos en lo que creemos que tenemos que ser, recurriendo a los discursos éticos existentes. El biopoder, según Foucault, era una nueva modalidad de poder del Estado que surgió durante la era moderna con el objetivo de gestionar eficazmente el bienestar y la salud de los ciudadanos. La gubernamentalidad son los procesos que operan a través de las iniciativas, las instituciones, las leyes y los discursos sobre ética, desde las vacunas para mejorar la salud de la población, a las prisiones para la rehabilitación de los criminales y a las formas disciplinarias del conocimiento, tales como la jurisprudencia o la psicología, que luego contribuyen a definir nuestro sentido de la normatividad, la ciencia y el progreso. Foucault desarrolló estos conceptos para marcar el contraste con la represión sangrienta arbitraria que los reyes feudales infligían a sus súbditos, cuando la tortura era un espectáculo público y los súbditos obedecían al soberano por temor y por miedo y no por el deseo de ser ciudadanos sanos, normales y modernos.

El biopoder opera con valencias diferentes bajo la socialdemocracia o bajo el neoliberalismo. En los estados de bienestar social, el compromiso de la gubernamentalidad es implementar resultados positivos, productivos y de cierto modo solidarios para los ciudadanos vulnerables. Como consecuencia, gran parte del control de la población general ocurre a través de la autodisciplina. Los discursos de normatividad y modernidad están internalizados. Se convier-

ten en parte de las “almas” –es decir, de las subjetividades– de los individuos que se esfuerzan por ser saludables, productivos e inteligentes. Podría decirse que ha habido un aumento dramático de las poblaciones lumpenizadas en todo el globo a principios del siglo XXI, debido a la versión del neoliberalismo punitivo que ha sido impulsada bajo el dominio global de Estados Unidos, las transnacionales y el capitalismo financiero. Los “mercados libres” se mantienen con las guerras internacionales; el capital financiero recibe grandes subsidios de los contribuyentes; los complejos carcelarios se han expandido y se han vuelto más deliberadamente brutales y los subsidios para los pobres se han recortado. Desde la década de 1970 ha incrementado dramáticamente la distribución desigual de ingresos. La gubernamentalidad y el biopoder se está volviendo más abusiva que solidaria y es cada vez más alta la cifra de ciudadanos que están desarrollando subjetividades violentas y autodestructivas. En resumen, se puede definir como lumpen a aquellos sectores de la población cuya subjetivación está generada por una relación abusiva con el biopoder y la gubernamentalidad y que mantienen relaciones parasitarias con el modo de producción de su era, sacrificándose en el proceso a ellos mismos y a la comunidad que les rodea.

El neoliberalismo es una olla a presión que fomenta la violencia interpersonal mientras camufla sus causas. En tiempos de paz, el lumpen arremete contra la gente de su círculo íntimo y se daña a sí mismo. Esto desata después más cadenas de violencia visible e invisible que refuerzan el desconocimiento de los vínculos que produce la violencia íntima. Lo que es más importante, las fuerzas estructurales que impulsan la violencia interpersonal y que empujan al lumpen a brutalizar sus propios cuerpos se vuelven invisibles por la patología altamente visible de sus vidas íntimas. Este proceso genera una poderosa violencia simbólica en contra de los pobres y establece nuevas cadenas de violencia, incluyendo más violencia estructural en forma de políticas sociales punitivas, instituciones represivas, racismo, etc. Los grupos de población marginal sufren la peor parte de la violencia simbólica y se vuelven especialmente susceptibles a la movilización en movimientos que promueven conversiones evangélicas o violencia política redentora, sea ésta en forma de revoluciones o de guerras represivas e invasión extranjera. Asimismo, es más fácil reclutar soldados efectivos en los sectores de la población cuyas vidas en tiempos de paz han estado empapadas en una violencia interpersonal normalizada. El lumpen, consecuentemente, se convierte en carne de cañón para los ejércitos del estado o para los combatientes suicidas en resistencia, cuando invierte la violencia simbólica que carga a través de una movilización política como patrióticos defensores de la libertad democrática (como el caso de los marines de EE.UU) o como hijos elegidos de Dios (como el de las bombas humanas suicidas fundamentalistas).

3. QUÉ SE PUEDE HACER: RECONOCIMIENTO Y MOVIMIENTOS PARA LA SOLIDARIDAD GLOBAL

Un primer paso para abordar el fenómeno de la creciente ola de lumpenización es reconocer el vínculo entre la violencia íntima interpersonal y las fuerzas estructurales, a fin de romper el ciclo que genera humillación simbólica y que normaliza la brutalidad al extremo de volverla invisible o de hacer que parezca merecida. Esto implica identificar la direccionalidad de las diversas formas de violencia y documentar la carga desproporcionada de sufrimiento impuesta sobre las poblaciones estructuralmente vulnerables en la era neoliberal. Los esquemas académicos pueden generalizar exageradamente, pero con suerte, la conceptualización de las formas invisibles de violencia que se reproducen jerárquicamente en un continuo que se desborda en formas visibles de violencia interpersonal íntima y de violencia política, y que alimenta el proceso de desconocimiento que legitima la celebración neoliberal de la desigualdad, de las fuerzas del mercado libre y de las intervenciones sociales punitivas. El desconocimiento en torno a la híper visibilidad de la violencia íntima en Estados Unidos, por ejemplo, ha generado un apoyo popular para la expansión masiva desde la década de 1980 de sus complejos carcelarios de un modo similar a cómo la violencia delincuencia genera apoyo para la “limpieza social” en Guatemala. En muchas partes del mundo, el fenómeno del abuso lumpen se manifiesta en movilización de niños soldados por parte de los señores de la guerra, en limpieza étnica o genocidios regionales, en nuevas epidemias de enfermedades infecciosas y en abuso de sustancias, o en terror redentor evangélico (incluyendo la llamada guerra contra el terror). Hoy, una proporción creciente de la población mundial vive precariamente en campos de refugiados, terrenos baldíos urbanos y rurales, barrios marginales, complejos de viviendas subvencionadas, guetos segregados, prisiones, refugios para indigentes o asentamientos de poblaciones sin hogar, debido a las fuerzas económicas, las intervenciones militares y la degradación del medio ambiente que son productos orgánicos del neoliberalismo punitivo contemporáneo.

Reconocer la magnitud de la violencia estructural globalizada así como el poder capilar y discursivo de la violencia simbólica y normalizada puede ser abrumador. Sin embargo, el fin de la Guerra Fría ofrece nuevos caminos para movimientos creativos y no dogmáticos de organización política y humanitaria, especialmente con respecto al medio ambiente y la salud. El frecuente reduccionismo de clase y los patrones autoritarios de la movilización popular de masas en contra de la violencia estructural que tuvieron lugar durante la Guerra Fría en un idioma político a menudo dogmático, desperdició grandes dosis de idealismo bienintencionado, incluso cuando en ocasiones logró redistribuir recursos económicos y re-canalizar el flujo de violencia íntima convirtiéndolo en resistencia política. Lamentablemente, las visiones revolucionarias redentoras

muchas veces tienden a dogmatizarse y muchas terminaron en violentos callejones sin salida. Por lo tanto, los estragos del neoliberalismo, irónicamente, abren las posibilidades para unir a unas poblaciones dispares en torno a causas comunes. Tienen el potencial de generar solidaridades a través de las naciones y de re-moldear subjetividades disciplinarias transformándolas en directrices liberadoras. La crisis en cuanto a salud y degradación del medio ambiente –muy especialmente el calentamiento global, las epidemias de enfermedades infecciosas (como el VIH) y los patrones crecientes de enfermedades crónicas (como la diabetes y el asma)– y por ejemplo requieren una solución global.

El desafío de estas amenazas muy graves puede generar una cooperación entre naciones basada en el interés mutuo y la solidaridad. En resumen, el incremento de la lumpenización de una proporción creciente de la población que es excluida de una relación productiva con la economía global tiene el potencial de generar nuevos movimientos sociales en torno a la biosocialidad, tal como la ciudadanía terapéutica frente a la infección de VIH (Epstein 1996; Nguyen 2005). El trabajo de Paul Farmer y su organización, *Partners in Health*, revela cómo el aporte de servicios médicos puede convertirse en un movimiento político para la redistribución de los recursos de los países ricos hacia los pobres (Kidder 2003). Estas formas de organización en la década del 2000 pueden resultar más capaces de movilizar a los desposeídos que las tradicionales modalidades nacionalistas y las basadas en intereses de clase de la Guerra Fría en la década de 1980. Al mismo tiempo, pueden subrayar las irregularidades estructurales de la distribución global de recursos, tales como, por ejemplo, los beneficios del “biocapital” internacional (las tecnologías de las grandes farmacéuticas) (Comaroff 2007) y, por otro, el vertido de tóxicos a zonas pobres de parte de las corporaciones (Auyero 2009). La salud, la dignidad cultural, la paz y la seguridad personal como movimientos de derechos humanos, así como las demandas para responsabilizar a las transnacionales por la destrucción del medioambiente, representan causas prometedoras en ciernes para la década del 2010. El desafío es movilizar tanto a los ricos como a los desposeídos en torno a sus propios intereses mutuos y en el proceso redistribuir los recursos a través del planeta.

BIBLIOGRAFÍA

- Americas Watch Committee (1985) *Violations of the Laws of War by Both Sides in Nicaragua, 1981-1985*. New York: Americas Watch Committee.
- (1991) *El Salvador's Decade of Terror: Human Rights Since the Assassination of Archbishop Romero*. New Haven: Yale University Press.
- New York Times (2003) “Economic Inequality Grew in 90's Boom”, Fed Reports. *New York Times*. January 22, C1, C7. (Por Edmund Andrews)

- Argueta, Manlio (1983) *Un Día en la Vida* (1981). San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centro-Americana.
- (1987) *Cuzcatlán: Where the Southern Sea Beats*. New York: Vintage Books.
- Asociación Pro-búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos (2002) *Historias para tener presente: los relatos extraordinarios de cinco jóvenes que perdieron a sus familias y que, luego de la guerra, las volvieron a encontrar*. San Salvador: UCA Editores.
- Auyero, Javier, y Debora Swistun (2009) *Flammable: An Ethnography of Environmental Suffering*. Duke University Press
- Benjamin, Walter (1968) *Illuminations: Essays and Reflections* (1940). New York: Schocken Books.
- Bourdieu, Pierre (1990) *The Logic of Practice*. Cambridge: Polity Press.
- (2000) *Pascalian Meditations*. Stanford, California: Stanford University Press.
- (2001) *Masculine Domination*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Bourdieu, Pierre, y Loïc Wacquant (1992) *An Invitation to Reflexive Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bourgois, Philippe (1982a) "Running for My Life in El Salvador". *The Washington Post*. 14 de febrero de 1982, C1, C5-7.
- (1982b) "What U.S. Foreign Policy Faces in Rural El Salvador: An Eyewitness Account". *Monthly Review* 34(1):14-30.
- (1986) "The Miskitu of Nicaragua: Politicized Ethnicity". *Anthropology Today* 2(2):4-9.
- (1988) "Conjugated Oppression: Class and Ethnicity among Guaymí and Kuna Banana Workers". *American Ethnologist* 15(2).
- (1989a) *Ethnicity At Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- (1989b) "In Search of Horatio Alger: Culture and Ideology in the Crack Economy". *Contemporary Drug Problems* 16(4).
- (1996) "In Search of Masculinity: Violence, Respect and Sexuality among Puerto Rican Crack Dealers in East Harlem". *British Journal of Criminology* 36(3).
- (1997) "Overachievement in the Underground Economy: The Life Story of a Puerto Rican Stick-Up Artist in East Harlem". *Free Inquiry for Creative Sociology* 25(1).
- (2001) "The Power of Violence in War and Peace: Post-Cold War Lessons from El Salvador". *Ethnography* 2(1). Versión en español: (2005) "Más

- allá de una pornografía de violencia: Lecciones desde El Salvador”. Capítulo 1 en *Jóvenes sin tregua: Culturas y políticas de la violencia*. Francisco Ferrándiz y Carles Feixa compiladores. Barcelona: Editorial Anthropos.
- (2003a) *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. New York: Cambridge University Press. Versión en español en prensa: *Buscando respeto: la venta del crack en el barrio*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2003b) “The Everyday Violence of Gang Rape”. In *Violence in War and Peace: An Anthology*, edición de Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois. Oxford: Blackwell Publishing.
- (2003c) “One Hundred Years of United Fruit Company Letters”. En *Banana Wars: Power, Production and History in the Americas*, editado por Steve Striffler y Mark Moberg. Durham, North Carolina: Duke University Press.
- Bourgois, Philippe, y Jeff Schonberg (2009) *Righteous Dopefiend*. Berkeley: University of California Press.
- Bourgois, Philippe, Bridget Prince, y Andrew Moss (2004) “Everyday Violence and the Gender of Hepatitis C among Homeless Drug-Injecting Youth in San Francisco”. *Human Organization* 63(3).
- Burawoy, Michael (1976) “The Functions and Reproduction of Migrant Labor: Comparative Material from Southern Africa and the United States”. *American Journal of Sociology* 81(5).
- Bovenkerk, Frank (1984) “The rehabilitation of the rabble; how and why Marx and Engels wrongly depicted the lumpenproletariat as a reactionary force”. *Netherlands Journal of Sociology* 20(1).
- Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria (1981) *La Mosquitia en la Revolución*. Managua, Nicaragua: Colección Blas Real Espinales.
- Comaroff, Jean (2007) “Beyond Bare Life: AIDS, (Bio)Politics, and the Neoliberal Order”. *Public Culture* 19(1).
- DeLugan, R. (2005) “Peace, Culture, and Governance in Post-Civil War El Salvador (1992-2000)”. *Journal of Human Rights* 4(2).
- Draper, Hal (1972) “The Concept of the ‘Lumpenproletariat’ in Marx and Engels”. *Économies et sociétés* 6(12).
- Drehsler, Alex, y Frank Christopher (1985) *In the name of the people*. New York: Icarus Films.
- Epstein, Steven (1996) *Impure Science: AIDS, Activism, and the Politics of Knowledge*. Berkeley: University of California Press.
- Fanon, Frantz (1963) *The Wretched of the Earth*. New York: Grove Press.
- Farmer, Paul (2004) “An Anthropology of Structural Violence”. *Current Anthropology* 45(3).

- Farmer, Paul, Bruce Nizeye, Sara Stulac, y Salmaan Keshavjee (2006) "Structural Violence and Clinical Medicine". *PLoS Medicine* 3(10):e449. Disponible en <http://medicine.plosjournals.org/perlserv/?request=get-document&doi=10.1371%2Fjournal.pmed.0030449>.
- Fundación Myrna Mack (2009) *Reactivación de la violencia contra operadores de justicia en Guatemala*. Guatemala: Fundación Myrna Mack. Disponible en <http://www.google.com/search?q=REACTIVACI%C3%93N+DE+LA+VIOLENCIA+CONTRA+OPERADORES+DE+JUSTICIA+EN+GUATEMALA&ie=utf-8&oe=utf-8&aq=t&rls=com.google:en-US:official&client=firefox-a>.
- Galtung, Johan (1969) "Violence, Peace, and Peace Research". *Journal of Peace Research* 6(3).
- Goffman, Erving (1961) *Asylums: Essays on the Social Situation of Mental Patients and Other Inmates*. Garden City, New York: Anchor Books.
- Gramsci, Antonio (1978) "Some Aspects of the Southern Question" [1926], in *Selections from Political Writings (1921-1926)*, editado por Quintin Hoare, New York: International Publishers.
- Hale, Charles R. (1994) *Resistance and Contradiction: Miskitu Indians and the Nicaraguan State, 1894-1987*. Stanford: Stanford University Press.
- Heggenhougen, H. K. (2005) "The epidemiology of inequity: will research make a difference?" *Norsk Epidemiologi* 15(2).
- Kalyvas, Stathis N. (2006) *The Logic of Violence in Civil War*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kidder, Tracy (2003) *Mountains Beyond Mountains: The Quest of Dr. Paul Farmer, a Man who Would Cure the World*. New York: Random House.
- Levi, Primo (1988) *The Drowned and the Saved*. New York: Summit Books.
- Lewis, Oscar (1970) "The Culture of Poverty", en *Anthropological Essays*, editado por Oscar Lewis. New York: Random House.
- Marx, Karl (1972) [1852] *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*. New York: International Publishers.
- Meillassoux, Claude (1981) *Maidens, Meat, and Money: Capitalism and the Domestic Community*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nguyen, Vinh Kim (2005) "Antiretroviral Globalism, Biopolitics, and Therapeutic Citizenship", en *Global Assemblages: Technology, Politics, and Ethics as Anthropological Problems*, editado por Aihwa Ong y Stephen J. Collier. Malden, Massachusetts: Blackwell Publishing.
- Paige, Jeffery M. (1975) *Agrarian Revolution: Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World*. New York: Free Press.

- Parker, Andrew (1993) "Unthinking sex: Marx, Engels, and the scene of writing", en *Fear of a queer planet: queer politics and social theory*. M. Warner, ed. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Pedersen, Duncan (2002) "Political violence, ethnic conflict, and contemporary wars: broad implications for health and social well-being". *Social Science & Medicine* 55.
- Public Safety Performance Project (2008) *One in 100: Behind Bars in America 2008*. Washington DC: Informe del Pew Center on the States.
- Quesada, James (1999) "From Central American Warriors to San Francisco Latino Day Laborers: Suffering and Exhaustion in a Transnational Context". *Transforming Anthropology* 8(1-2).
- Robben, Antonius C.G.M. (2008) "Response to Nancy Scheper-Hughes". *Social Anthropology* 16(1).
- Sartre, Jean-Paul (1963) "Preface", en *The Wretched of The Earth*. New York: Grove Press.
- Scheper-Hughes, Nancy (1996) "Small Wars and Invisible Genocides". *Social Science & Medicine* 43(5).
- Scheper-Hughes, Nancy, y Philippe Bourgois (2004a) "Introduction: Making Sense of Violence". En *Violence in War and Peace: An Anthology*, editado por Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois. Oxford: Blackwell Publishing.
- (2004b) "Comments". *Cultural Anthropology* 45(3).
- Scheper-Hughes, Nancy, y Anne Lovell (1987) *Psychiatry Inside Out: Selected Writings of Franco Basaglia*. New York: Columbia University Press.
- Schwarz, Benjamin (1991) *American Counterinsurgency Doctrine and El Salvador: The Frustrations of Reform and the Illusions of Nation Building*. Santa Monica, California: RAND.
- Silber, Irina Carlota (2006) "It's a Hard Place to Be a Revolutionary Woman: Finding Peace and Justice in Postwar El Salvador", en *Engaged Observer: Anthropology, Advocacy, and Activism*, editado por Victoria Sanford y Asale Angel-Ajani. New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press.
- Singer, Merrill (1996) "A Dose of Drugs, a Touch of Violence, a Case of AIDS: Conceptualizing the SAVA Syndemic". *Free Inquiry in Creative Sociology* 24(2).
- Stallybrass, Peter (1990) "Marx and heterogeneity: thinking the lumpenproletariat". *Representations* 31.
- Skocpol, Theda (1979) *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Taussig, Michael T. (1984) "Culture of Terror-Space of Death: Roger Casement's Putumayo Report and the Explanation of Torture". *Comparative Studies in Society and History* 26(3).
- (1992) *The Nervous System*. New York: Routledge.
- (2006) *Walter Benjamin's Grave*. Chicago: University of Chicago Press.
- United Nations Development Programme (2006) *Human Development Report*. New York: Palgrave Macmillan.
- United States Congress (1982) "U.S. Intelligence Performance on Central America: Achievements and Selected Instances of Concern", en *Staff Report Subcommittee on Oversight and Evaluation-98-805 O* (97th Congress, 2nd Session). Washington, DC: U.S. Government Printing Office.
- Wacquant, Loïc (2004) "Comments". *Cultural Anthropology* 45(3).
- (2007) *Deadly Symbiosis: Race and the Rise of Neoliberal Penalty*. Cambridge: Polity Press.
- Walter, Nick, Philippe Bourgois, y Margarita Loinaz (2004) "Masculinity and Undocumented Labor Migration: Injured Latino Day Laborers in San Francisco". *Social Science & Medicine* 59(6).
- Willis, Paul (1981) *Learning to Labor: How Working Class Kids Get Working Class Jobs*. New York: Columbia University Press.
- Wolf, Eric R. (1969) *Peasant Wars of the Twentieth Century*. New York: Harper & Row.
- (1982) *Europe and the People Without History*. Berkeley: University of California Press.